

misterio

no editorial

JAMES ROLLINS

LA ORDEN DEL SOL NEGRO



● Un experimento secreto llevado a cabo en la Alemania nazi es el germen de una conspiración que puede alterar el destino de la humanidad...

La orden del Sol Negro

James Rollins

Traducción de Camila Batlles

Título original inglés: *Black Order*
Copyright © Jim Czajkowski, 2006
«Published in agreement with the autor, c/o BAROR INTERNATIONAL INC.,
Armonk, New York, U.S.A.»

Primera edición: marzo de 2009

© de la traducción: Camila Batlles
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92-429-78-3
Depósito legal: M. 1.854-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A David, por todas las aventuras

Nota de los archivos históricos

Durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, cuando Alemania cayó, los aliados emprendieron una nueva guerra: el saqueo de la tecnología de los científicos nazis. Comenzó una desenfrenada carrera entre británicos, americanos, franceses y rusos. Robaron patentes de nuevos tubos de vacío, exóticas sustancias químicas y plásticos e incluso leche pasteurizada con luz ultravioleta. Pero muchas de las patentes más delicadas desaparecieron en el insondable pozo de los proyectos más secretos, como la «Operación Sujetapapeles», en la que centenares de científicos nazis especializados en los cohetes V-2 fueron reclutados clandestinamente y transportados a Estados Unidos.

9

Pero los alemanes no estaban dispuestos a ceder su tecnología sin oponer resistencia. También pugnaron por guardar sus secretos a buen recaudo con la esperanza de un renacimiento del Reich. Numerosos científicos fueron asesinados, sus laboratorios de investigación destruidos y sus proyectos ocultados en cuevas, hundidos en el fondo de lagos y enterrados en criptas. Todo ello con el fin de evitar que los aliados se apoderasen de ellos.

Su búsqueda se convirtió en algo tan apasionante como audaz. A través de Austria, Checoslovaquia y Polonia se extendían centenares de laboratorios de investigación y de armas, muchos de ellos subterráneos. Uno de los más misteriosos era una mina, transformada en un laboratorio, situada a las afueras de la pequeña población montañosa de Breslau. La investi-

JAMES ROLLINS

gación que se llevaba a cabo en ese laboratorio tenía el nombre clave de *Die Glocke*, «la Campana». Las personas que vivían en la campiña circundante hablaban de extrañas luces y de misteriosas dolencias y muertes.

Las fuerzas rusas fueron las primeras en llegar a esa mina, que estaba desierta. Los 62 científicos involucrados en el proyecto habían sido asesinados. En cuanto al artilugio... había desaparecido sin dejar rastro.

Lo único que se sabe con certeza es que la campana era real.

Nota de los archivos científicos

La vida es más extraña que cualquier ficción. Todos los debates planteados en esta novela sobre mecánica cuántica, diseño inteligente y evolución se basan en datos reales.



El hecho de que la evolución constituya la columna vertebral de la biología, y que se dé la curiosa circunstancia de que ésta sea una ciencia fundada sobre una teoría perfeccionada, ¿significa que se trata de ciencia o de fe?

CHARLES DARWIN

13

La ciencia sin religión está coja, la religión sin ciencia está ciega.

ALBERT EINSTEIN

¿Quién puede afirmar que no estoy bajo la protección especial de Dios?

ADOLF HITLER

1945

4 de mayo, 6.22h
Ciudad fortificada de Breslau, Polonia

El cadáver flotaba en las aguas residuales que discurrían por las húmedas y oscuras cloacas. Era el cuerpo de un chico, hinchado y roído por las ratas, al que habían despojado de sus botas, pantalón y camisa. Nada se desaprovechaba en esa ciudad sitiada.

El *Obergruppenführer* de las SS Jakob Sporrenberg apartó el cadáver con el pie, removiendo la porquería. Vísceras y excrementos, sangre y vómitos. La bufanda empapada que llevaba alrededor de la nariz y la boca apenas le protegía contra el hedor. A esto había llegado la gran guerra: los poderosos se veían obligados a arrastrarse por las cloacas para huir. Pero Sporrenberg tenía que obedecer órdenes.

Arriba, el persistente repiqueteo de la artillería rusa sacudía la ciudad. Cada explosión golpeaba la tripa de Sporrenberg con su contundente impacto. Los rusos habían derribado las barreras, habían bombardeado el aeropuerto y en esos momentos los tanques avanzaban por las calles adoquinadas mientras los aviones de transporte de tropas aterrizaban en la Kaiserstrasse. La avenida principal había sido transformada en una pista de aterrizaje al colocar unas hileras paralelas de barriles de petróleo en llamas, los cuales añadían su humo al contaminado cielo matutino y mantenían a raya el amanecer. En cada calle, en cada casa, desde el ático hasta el sótano, había gente combatiendo.

15

«Cada casa, una fortaleza.» Ésa había sido la última orden del *Gauleiter* Hanke al populacho. La ciudad tenía que resistir durante tanto tiempo como fuera posible. El futuro del Tercer Reich dependía de ello. Y también el de Jakob Sporrenberg.

—*March schnell*—ordenó a los que le seguían.

Su unidad del *Sicherheitsdienst* —designación del *Kommando* Especial de Evacuación— avanzaba tras él, sumida hasta las rodillas en las fétidas aguas. Eran catorce hombres, todos armados, vestidos de negro y cargados con pesadas mochilas. En el centro, cuatro corpulentos ex trabajadores portuarios del *Nordsee* portaban unas pértigas sobre los hombros, las cuales sostenían unas gigantescas cajas de embalaje.

Había un motivo por el que los rusos estaban atacando esta solitaria ciudad ubicada en los Sudetes, entre Alemania y Polonia. Las fortificaciones de Breslau custodiaban la puerta que daba acceso a la región montañosa que se extendía más allá. Durante los dos últimos años, los prisioneros del campo de concentración de Gross-Rosen habían excavado la cima de una montaña cercana. Habían construido un centenar de túneles, removiendo la tierra con sus manos y con cargas explosivas, que estaban destinados a un proyecto secreto, oculto a los ojos curiosos de los aliados: *Die Riese*... el Gigante.

16

Pero el rumor se había propagado. Quizá fue uno de los lugareños que vivían junto a la mina Wenceslao quien había comentado en voz baja lo de la enfermedad, la repentina dolencia que había afectado incluso a los que vivían alejados del complejo. Si hubieran tenido más tiempo para completar la investigación...

No obstante, Jakob Sporrenberg se rebelaba en parte ante la situación. No estaba al corriente de en qué consistía ese proyecto secreto —sólo conocía el nombre en clave: Cronos—, pero sabía lo suficiente: había visto los cuerpos utilizados en los experimentos y había oído los alaridos.

«Abominación.» Ésta era la palabra que se le había ocurrido y que había hecho que se le helara la sangre en las venas. Jakob no había tenido ningún problema en ejecutar a los científicos. Los 62 hombres y mujeres habían sido conducidos al

exterior, donde se les habían disparado dos balazos en la cabeza. Nadie debía saber jamás lo que había ocurrido en las entrañas de la mina Wenceslao o lo que habían hallado. Sólo se había permitido que un miembro del equipo de investigadores siguiera con vida: la doctora Tola Hirszfeld.

Jakob la oyó avanzar tras él, chapoteando por las hediondas aguas mientras uno de los hombres la llevaba casi a rastras, con las muñecas atadas a la espalda. Era alta para ser una mujer, de casi treinta años, con los pechos pequeños, la cintura ancha y unas piernas bien torneadas. Tenía el pelo largo y negro y la piel pálida como la leche tras permanecer un mes bajo tierra. Debían haberla fusilado junto con los demás, pero su padre, el *Oberarbeitsleiter* Hugo Hirszfeld, supervisor del proyecto, había mostrado por fin su sangre corrupta, su ascendencia medio judía. Había intentado destruir los archivos de la investigación, pero había sido abatido a tiros por uno de los guardias antes de que pudiera arrojar una bomba incendiaria y volar su despacho subterráneo. Por suerte para su hija, era necesario que alguien que conociera a fondo el proyecto *Die Glocke* sobreviviera, para continuar la labor. La joven, un genio como su padre, conocía los trabajos de investigación de éste mejor que ningún otro científico. Pero a partir de ahí tendrían que convencerla para que colaborara con ellos.

17

Los ojos de ella se encendían cada vez que Jakob la miraba. Él sentía el odio que inspiraba a Tola como el calor que emana de un horno. Pero acabaría colaborando con ellos... al igual que había hecho su padre. Jakob sabía cómo tratar a los judíos, especialmente a los de raza mixta: los *Mischlinge*. Eran los peores, los medio judíos; había varios centenares de miles de *Mischlinge* que servían en las fuerzas militares del Reich, soldados judíos. Unas exenciones extraordinarias de las leyes nazis habían permitido que sirvieran en el ejército y que se les perdonara la vida. Ello requería una dispensa especial. Los *Mischlinge* solían ser soldados con mucho arrojo y fiereza, que tenían que demostrar su lealtad al Reich por encima de su raza.

Con todo, Jakob no se fiaba de ellos, y el padre de Tola con-

firmaba la validez de sus sospechas. El intento de sabotaje por parte del doctor no le había sorprendido. Uno no debía confiar jamás en los judíos, tan sólo exterminarlos. Pero los papeles de exención de Hugo Hirszfeld los había firmado el propio Führer, que perdonaba la vida no sólo al padre y a la hija, sino también a unos abuelos de avanzada edad que vivían en una población en el centro de Alemania. De modo que, aunque Jakob no se fiaba de los *Mischlinge*, había depositado toda su confianza en el Führer. Las órdenes que había recibido eran muy precisas: evacuar los recursos necesarios de la mina para proseguir la labor y destruir el resto. Eso significaba perdonar la vida de la hija. Y la del bebé.

El recién nacido, un niño judío de apenas un mes, iba envuelto en unas mantas y lo transportaban como a un fardo. Le habían administrado un ligero sedante para que guardara silencio durante la fuga.

18 En el interior del niño ardía el origen de la abominación, la verdadera fuente de la repugnancia que experimentaba Jakob. Todas las esperanzas del Tercer Reich se sostenían en sus manitas, las manos de un bebé judío. Al pensar en ello, Jakob sintió que se le revolvían las tripas. Hubiera sido preferible ensartar al niño con una bayoneta, pero debía acatar las órdenes.

Jakob había reparado en la forma en que Tola miraba al niño. Sus ojos resplandecían con una mezcla de fuego y dolor. Aparte de ayudar a su padre en sus investigaciones, Tola había hecho las veces de madre adoptiva del niño: le acunaba y le daba de comer. Él era la única razón por la que la mujer había accedido a colaborar con ellos. Fue la amenaza de matarlo lo que había hecho que Tola accediera por fin a las demandas de Jakob.

En la superficie, sobre sus cabezas, estalló un mortero, haciendo que todos cayeran de rodillas y ensordeciendo el mundo con un sonoro pitido. El cemento se resquebrajó y un reguero de polvo cayó en las inmundas aguas. Jakob se incorporó, mascullando unas palabrotas. Su segundo, Oskar Henricks, se acercó a él y señaló un ramal lateral de la cloaca.

—Tomaremos ese túnel, *Obergruppenführer*. Es una vieja

alcantarilla. Según el plano municipal, el conducto principal desemboca en el río, no lejos de la Isla de la Catedral.

Jakob asintió con la cabeza. Confiaba en que cerca de la isla hubiera un par de lanchas cañoneras ocultas tripuladas por otra unidad *Kommando*. No faltaba mucho para llegar. Condujo a los otros a un paso más acelerado mientras en la superficie se intensificaba el bombardeo ruso. El renovado asalto indicaba claramente que estaban a punto de tomar la ciudad. La rendición de sus ciudadanos era inevitable.

Cuando alcanzó el túnel lateral, Jakob abandonó las fétidas aguas para encaramarse a la plataforma del costado. Sus empapadas botas emitían un chasquido a cada paso que daba. El hedor gangrenoso a excrementos y lodo se incrementó momentáneamente, como si la cloaca tratara de expulsarlo de sus entrañas. El resto de la unidad le siguió.

Jakob iluminó con su linterna la alcantarilla de cemento. ¿Era posible que la atmósfera emanara un ligero olor a aire puro? Siguió el haz de luz con renovada energía; al hallarse tan cerca de la vía de escape, la misión casi había concluido. Su unidad habría atravesado la mitad de Silesia cuando los rusos alcanzaran la mina Wenceslao, un laberinto subterráneo repleto de madrigueras de ratas. A modo de calurosa bienvenida, Jakob había distribuido unas trampas en los pasadizos del laboratorio. Los rusos y sus aliados sólo hallarían la muerte en aquellos montes.

Con ese gratificante pensamiento, Jakob huyó hacia el aire puro del exterior. El túnel de cemento descendía en forma de pendiente progresiva. Los miembros del equipo apretaron el paso, movidos por el repentino silencio entre las explosiones de la artillería. Los rusos avanzaban a toda marcha.

Si lograban salvarse, sería un milagro. El río permanecería abierto sólo durante cierto tiempo. Como si intuyera el peligro, el bebé empezó a lloriquear, emitiendo unos persistentes gemidos conforme remitía el efecto del sedante. Jakob había advertido al médico del equipo que le administrara un fármaco suave, pues no se atrevían a poner en riesgo la vida del bebé. Quizá se había producido un error.

El timbre de los lloros se hizo más estridente, mientras por el norte estallaba otro mortero. El lloriqueo dio paso a unos sonoros berridos. El ruido reverberó por la garganta de piedra del túnel.

—¡Haz que el niño se calme! —ordenó Jakob al soldado que lo portaba.

Al quitarse el fardo que llevaba a la espalda, el hombre, pálido y escuálido, perdió su gorra negra, que cayó al suelo. Por más que trató de calmar al niño mientras retiraba las mantas en las que iba envuelto, sólo consiguió que se intensificaran los chillidos.

—De... déjame a mí —rogó Tola al soldado tratando de liberarse del hombre que la sujetaba por el codo—. El niño me necesita.

El soldado que sostenía al niño miró a Jakob. En el mundo exterior se había hecho un profundo silencio, mientras el bebé seguía berreando dentro del túnel. El jefe del *Kommando* torció el gesto pero asintió con la cabeza.

20

El hombre que sujetaba a Tola cortó la cuerda con la que le había atado las muñecas. Después de frotárselas brevemente para reactivar la circulación, extendió los brazos y el soldado se apresuró a entregarle al niño, alegrándose de librarse de su carga. Tola tomó al bebé en brazos, sosteniendo su cabecita y acunándolo delicadamente. Se inclinó sobre él mientras lo estrechaba contra su pecho, murmurando unos sonidos tranquilizadores, sin significado pero profundamente reconfortantes, para calmar sus berridos. Todo su ser se fundió con el niño. Los berridos remitieron lentamente y dieron paso a unos suaves gemidos.

Satisfecho, Jakob hizo una indicación con la cabeza al guardia que custodiaba a Tola. El hombre sacó su Luger y encañonó a la mujer por la espalda. La expedición prosiguió en silencio por el laberíntico subterráneo que había bajo Breslau.

Al poco rato, el olor a humo eclipsó el hedor de las cloacas. Jakob iluminó con su linterna una cortina de humo que señalaba la salida de la alcantarilla. El fuego de la artillería había cesado, pero persistía el ruido casi continuo de los disparos de los

cañones, principalmente por el este. Cerca de ellos oyeron el sonido del agua.

Jakob indicó a sus hombres que permanecieran en el fondo del túnel y ordenó a su radiotelegrafista que se dirigiera hacia la salida.

—Comunica a las lanchas que hemos llegado.

El soldado asintió levemente con la cabeza y se alejó rápido, desapareciendo en la humeante penumbra. Al cabo de unos momentos, unos destellos de luz transmitieron un mensaje cifrado a la cercana isla. Las lanchas tardarían sólo un minuto en atravesar el canal para recogerlos.

Jakob se volvió hacia Tola, que seguía sosteniendo al niño en sus brazos. El bebé se había calmado de nuevo y tenía los ojos cerrados. La mujer le devolvió la mirada sin pestañear.

—Sabes que mi padre tenía razón —dijo en voz baja pero con absoluta convicción. Tras observar las cajas de embalaje cerradas, miró de nuevo a Jakob—. Lo veo en tu rostro. Lo que hicimos... fuimos demasiado lejos.

—Esas decisiones no dependen de nosotros —replicó Jakob.

—Entonces, ¿de quién?

Jakob meneó la cabeza y se volvió. Las órdenes se las había dado Heinrich Himmler en persona y no le correspondía a él cuestionarlas. No obstante, sintió la mirada escrutadora de la mujer.

—Desafía a Dios y a la Naturaleza —murmuró Tola.

Una voz evitó que Jakob tuviera que responder.

—Las lanchas ya están aquí —dijo el radiotelegrafista, al regresar a la boca de la alcantarilla.

Jakob dio unas últimas órdenes y sus hombres se colocaron en fila. Los condujo hasta el final del túnel, que se abría a un empinado terraplén junto al Oder. Debían apresurarse, pues empezaba a clarear y temían que los descubrieran. El sol lucía por el este, pero en ese lugar una nube continua de humo negro se cernía sobre el agua, espesándose debido a la brisa que soplaba sobre el río. La cortina de humo contribuiría a ocultarlos, pero ¿durante cuánto tiempo?

Los cañonazos proseguían su curiosa y alegre cháchara, como unos cohetes que celebraran la destrucción de Breslau.

Tras liberarse del hedor de la cloaca, Jakob se quitó su máscara húmeda y respiró hondo. Luego escudriñó las aguas de color gris plomizo: un par de lanchas surcaron el río a toda velocidad al tiempo que sus motores emitían un sonido monótono. En la proa de cada embarcación, apenas ocultas debajo de unas lonas de color verde, habían montado un par de ametralladoras MG-42.

Más allá de las lanchas apenas era visible la oscura mole de una isla. La Isla de la Catedral no era realmente una isla, pues durante el siglo XIX había acumulado los sedimentos suficientes para fundirse con la orilla opuesta del río. Un puente de hierro colado de color esmeralda que se remontaba al mismo siglo daba acceso a esta orilla. Las dos lanchas pasaron por debajo, sorteando los estribos de piedra, y se aproximaron.

22 Jakob alzó los ojos atraído por un intenso rayo de sol que se reflejaba sobre los chapiteles de las dos gigantescas torres de la catedral que daba nombre a la antigua isla. Era una de la media docena de iglesias que había allí. En los oídos de Jakob seguían resonando las palabras de Tola Hirszfeld: «Desafía a Dios y a la Naturaleza».

El frío matutino traspasó sus empapadas ropas, haciendo que se le pusiera la piel de gallina. Jakob estaba impaciente por alejarse de ese lugar y desterrar los recuerdos de los últimos días.

El primer par de lanchas alcanzó la orilla. Jakob ordenó a sus hombres que cargaran las lanchas, satisfecho de tener que concentrarse en algo que le impidiera pensar en otras cosas y, más aún, de marcharse de ese lugar.

Tola estaba a pocos metros, con el bebé en los brazos, flanqueada por un guardia. Sus ojos habían descubierto también las resplandecientes torres que se erguían hacia el humeante cielo. Los cañonazos continuaban, cada vez más cerca; oyeron unos tanques avanzando lentamente, y el vocerío y los gritos eran incesantes. ¿Dónde estaba ese Dios al que Tola temía desafiar? Aquí no, desde luego.

Una vez que hubieron cargado las lanchas, Jakob se acercó a Tola.

—Móntate en la lancha —le ordenó tratando de mostrarse severo, pero la expresión de Tola le hizo suavizar el tono.

La mujer obedeció, sin apartar los ojos de la catedral, mientras sus pensamientos se elevaban hacia el cielo. En esos momentos, Jakob se percató de su belleza, aunque fuera una *Mischlinge*. De pronto, Tola tropezó cuando la puntera de su bota chocó con una piedra y estuvo a punto de caerse, pero enseguida recuperó el equilibrio y sostuvo al niño con firmeza. Sus ojos se posaron de nuevo en las aguas grisáceas y la cortina de humo, y su rostro volvió a adoptar una expresión pétrea. Hasta sus ojos se endurecieron mientras buscaba un lugar donde sentarse con el bebé. Por fin se acomodó en un banco a estribor, y su guardián hizo lo propio. Jakob se sentó frente a ellos e indicó al piloto de la lancha que arrancara.

—No debemos retrasarnos —dijo Jakob escrutando el río. Se dirigían hacia el oeste, lejos del frente oriental, en la dirección del sol.

23

Jakob consultó su reloj. En esos momentos un Junker Ju 52, un avión de transporte alemán, estaba esperándolos en un campo de aterrizaje abandonado, a diez kilómetros de la isla. Llevaba pintada una Cruz Roja alemana para camuflarlo como un avión medicalizado con el fin de evitar un posible ataque.

Las lanchas dieron la vuelta y se adentraron en las profundas aguas del río, triplicando el ruido de sus motores. Los rusos ya no podrían detenerlos. Todo había terminado.

Un movimiento hizo que Jakob dirigiera la vista hacia el otro extremo de la lancha. Tola se inclinó sobre el bebé y besó suavemente la cabecita del niño, cubierta por una pelusilla. Luego alzó la cabeza y miró a Jakob, que no vio ninguna expresión de rebeldía o de ira en los ojos de la mujer, sólo de determinación. De pronto, comprendió lo que Tola se proponía hacer.

—¡No!

Pero era demasiado tarde. Tras enderezarse, Tola se inclinó hacia atrás sobre la pequeña barandilla al tiempo que levantaba

los pies. Sosteniendo al bebé contra su pecho, se arrojó a las frías aguas. Sorprendido por la inesperada reacción de la mujer, el guardia se volvió y disparó a ciegas contra el agua. Jakob se abalanzó sobre él y desvió el tiro asestándole un golpe en el brazo.

—¡Podrías herir al niño!

Jakob se inclinó sobre el borde de la lancha y escudriñó las aguas. Los otros hombres se levantaron apresuradamente y la lancha se bamboleó. Lo único que vio Jakob en las plumizas aguas fue su propio reflejo. Al cabo de unos instantes indicó al piloto que girara en un círculo completo. Nada. Jakob escrutó las aguas en busca de unas burbujas que indicaran la presencia de la mujer y el niño, pero la estela de la embarcación, cargada hasta los topes, oscurecía el agua. Jakob descargó un puñetazo sobre la barandilla de la lancha.

De tal palo, tal astilla: Tola era idéntica a su padre. Sólo una *Mischlinge* sería capaz de una acción tan drástica. Jakob lo había visto otras veces: madres judías ahogando a sus propios hijos para ahorrarles un sufrimiento mayor. Había pensado que Tola era más fuerte pero, en última instancia, quizá no había tenido otro remedio que hacer lo que había hecho.

Giraron varias veces en torno al lugar hasta que Jakob se convenció de que no había rastro de la mujer y el niño. Sus hombres escudriñaron ambas orillas del río, pero Tola había desaparecido. El silbido de un mortero al pasar sobre sus cabezas les disuadió de proseguir la búsqueda.

Jakob ordenó a sus hombres que volvieron a sentarse. Luego señaló hacia el oeste, en dirección al avión que les esperaba. Aún conservaban las cajas de embalaje y todos los archivos. Habían sufrido un contratiempo, pero no insuperable; siempre podrían sustituir al niño.

—Adelante —ordenó Jakob.

Las dos lanchas arrancaron de nuevo con los motores a toda potencia y, al cabo de unos momentos, se desvanecieron tras la cortina de humo mientras Breslau ardía.

Tola oyó el sonido de las lanchas desvanecerse a lo lejos. Flotaba en el agua en posición vertical, detrás de uno de los gruesos estribos de piedra que sostenían el antiguo puente de hierro fundido de la catedral. Tapó la boca del bebé con una mano, casi ahogándolo para silenciarlo, confiando en que inspirara el suficiente aire a través de la nariz. Pero el niño estaba muy débil, al igual que Tola. La bala le había alcanzado en un lado del cuello y por la herida fluía un espeso chorro de sangre que teñía el agua de rojo. Tenía la vista nublada, pero se esforzó en sostener al niño flotando sobre el agua.

Unos momentos antes, al arrojarse al río, Tola había decidido ahogarse junto con el niño. Pero al sentir el frío de las aguas y el dolor lacerante en el cuello, cambió de parecer. Recordó la luz que se reflejaba en la torre de la catedral. No se trataba de su religión ni de su cultura, pero recordó que había luz más allá de la oscuridad del momento. En algún lugar, los hombres no atacaban a sus hermanos ni las madres ahogaban a sus hijos.

Tola se había impulsado con los pies hacia las profundidades del canal, permitiendo que la corriente la llevara en dirección al puente. Al sumergirse en el agua, había usado el aire de sus pulmones para mantener al bebé vivo, apretándole la nariz e insuflando aire a través de los labios del pequeño. Aunque se había propuesto suicidarse, cuando el instinto de supervivencia se había activado en ella, empezó a luchar con todas sus fuerzas por vivir.

El niño no tenía nombre y nadie debía morir sin tener uno. Tola siguió exhalando su aliento en la boca del niño, poco a poco, al tiempo que agitaba los pies para mantenerse a flote, cegada por el agua. Por casualidad había alcanzado uno de los estribos de piedra del puente, el cual le ofrecía un lugar donde refugiarse. Pero ahora que las lanchas se alejaban, no podía esperar más. Seguía chorreando sangre e intuía que tan sólo el frío la mantenía viva, el mismo que amenazaba con arrebatarse la vida al frágil bebé.

Tola empezó a nadar hacia la orilla, agitando las piernas frenéticamente mediante unos movimientos descoordinados debido a la debilidad y al entumecimiento que atenazaba su

cuerpo. De pronto se hundió en el agua, arrastrando al niño consigo. No. Se esforzó por alcanzar la superficie, pero el agua era muy pesada y apenas podía luchar contra ella. No obstante, Tola se negaba a sucumbir.

De pronto, sus botas tropezaron con unas resbaladizas piedras. Tola gritó, olvidando que estaba sumergida en el río y atragantándose con el agua. Sintió que se hundía más, pero asestó una patada a las fangosas piedras en un último esfuerzo por salvarse. Al cabo de unos instantes sacó su cabeza a la superficie y siguió nadando hacia la orilla. De repente, Tola notó que el banco de arena se alzaba bajo sus pies. Salió del agua a gatas, estrechando al niño contra su cuello. Al alcanzar la orilla cayó de bruces sobre el pedregoso terraplén. No tenía fuerzas ni para mover un músculo y su sangre chorreaba sobre el niño. Tola hizo un último esfuerzo por centrarse en el bebé. El pequeño no se movía. No respiraba.

Tola cerró los ojos y rezó mientras una negrura eterna la engullía. «Llora, maldita sea, llora.»

26

El padre Varick fue el primero que oyó el llanto. Se había refugiado con sus hermanos en la bodega que había bajo la iglesia de los Santos Pedro y Pablo. Habían huido la noche anterior, cuando había comenzado el bombardeo de Breslau. Se habían postrado de rodillas para rogar a Dios que salvara su isla. La iglesia, construida en el siglo xv, había sobrevivido a los sucesivos gobernantes de la ciudad fronteriza. Varick y sus hermanos invocaron de nuevo la protección divina para que sobreviviera una vez más.

Fue durante sus silenciosos rezos que los monjes percibieron los lastimosos gemidos. El padre Varick se levantó, lo que le costó un esfuerzo considerable debido a sus ancianas piernas.

—¿Adónde vas? —preguntó Franz.

—Oigo que me llama mi grey —respondió el padre. Durante las dos últimas décadas, había alimentado con las sobras de la comida a los gatos del río que se acercaban de vez en cuando a la iglesia.

—Éste no es el momento oportuno —le advirtió otro hermano con tono angustiado.

El padre Varick había vivido demasiado como para temer a la muerte con ese fervor juvenil. Cruzó la bodega y se agachó para entrar en el pequeño pasadizo que acababa en la puerta que daba al río. Tiempo atrás, por allí transportaban el carbón para almacenarlo donde ahora reposaban unas botellas verdes de excelente vino, entre el polvo y la madera de roble.

Cuando el padre Varick alcanzó la antigua puerta de la carbonera, retiró la barra de hierro y alzó el pestillo. A continuación apoyó un hombro contra la puerta y la abrió un poco. Lo primero que percibió fue el olor a humo, seguido por unos gemidos que le hicieron bajar la vista.

—*Mein Gott in Himmel...*

Una mujer yacía postrada a pocos pasos de la puerta en el muro del contrafuerte que sostenía la iglesia del canal. Estaba inmóvil. El padre Varick se apresuró hacia ella, postrándose de nuevo de rodillas para pronunciar otro ruego.

El cura tocó el cuello de la mujer en busca de alguna señal de vida, pero sólo halló sangre y la herida del balazo. Estaba empapada de pies a cabeza y fría como las piedras. Muerta. Entonces, el padre Varick oyó de nuevo unos gemidos que sonaban junto a la mujer.

Al moverla, el cura vio al bebé, medio sepultado debajo de la mujer y cubierto también de sangre. Aunque el niño presentaba un tono azulado debido al frío y estaba calado hasta los huesos, aún vivía. El sacerdote sacó al bebé de debajo del cadáver. Las empapadas mantas en que estaba envuelto cayeron debido al peso del agua. Era un varón.

El padre Varick palpó rápidamente el cuerpecito y comprobó que la sangre no pertenecía al niño, sino a su madre. El cura contempló con tristeza a la mujer. Tanta muerte... Miró hacia el otro lado del río: la ciudad estaba ardiendo y el denso humo cubría el cielo matutino, mientras seguían oyéndose cañonazos. ¿Había atravesado la mujer el canal a nado para salvar a su hijo?

—Descansa en paz —murmuró el sacerdote—. Te lo has ganado.

El padre Varick se dirigió de nuevo hacia la puerta de la carbonera. Enjugó la sangre y el agua que empapaban al bebé, quien presentaba una suave pelusilla blanca como la nieve y no debía de tener más de un mes.

Mientras Varick le secaba, los berridos del niño se intensificaron. Tenía la carita arrugada debido al esfuerzo de llorar, pero estaba muy débil, inmóvil y frío.

—Llora, pequeño, llora.

El niño abrió sus hinchados ojos en respuesta a la voz del sacerdote. Fijó sus ojos azules, brillantes y puros, en Varick. Aunque la mayoría de los recién nacidos tienen los ojos azules, el padre presintió que éstos conservarían su intenso color celeste.

Estrechó al niño contra su pecho para darle calor y, de pronto, el cura vio una mancha de color que llamó su atención. «*Was ist das?*» Volvió el pie del niño, alguien había dibujado un símbolo en su talón. No, no lo habían dibujado. Varick lo frotó para asegurarse: lo habían tatuado con tinta roja. El cura lo examinó detenidamente. Parecía una pata de cuervo.

28



Pero el padre Varick había pasado buena parte de su juventud en Finlandia y reconoció enseguida el símbolo: era una runa nórdica. No conocía su significado y meneó la cabeza. ¿Quién había hecho semejante estupidez?

Varick observó a la madre con el ceño fruncido. Daba lo mismo. Los hijos no tenían la culpa de los pecados de sus padres. El sacerdote acabó de enjugar la sangre de la coronilla del niño y lo envolvió en su cálida toga.

—Pobre *Junge*... Qué recibimiento tan cruel a este mundo.